

Desde mi Mismedad**La crítica sana y la otra**

Entiendo que son pocas las personas que ponen en sus labios lo que llevan en sus pechos; creo más bien que ponen preferentemente lo que llevan en su cabeza. Esos labios que parecen hechos para el amor, están hechos también para decir verdades y se me antoja que merecerían ser simbólicamente besados cuando las dicen; exprimiendo la idea que trato de plasmar en palabras, yo diría que cuando se utilizan diestramente en defensa de causas nobles, se están besando así mismos.

Hay que ser muy valiente y muy capaz para hacer una sana crítica porque, si no te muestras partidario de lo vulgar y mediocre, corres el riesgo, sin querer, de hacerte enemigo de los vulgares y mediocres, que no son precisamente una minoría. Por eso muchos críticos inteligentes adoptan la fórmula de engañar de cuando en cuando, aparentando ser sinceros.

La crítica sistemática no suele partir de los que se encuentran realizados y felices, ni de los que tienen una sólida formación cívica y humanista, aunque se encuentren desamparados y preteridos; suele partir casi siempre de los ineptos, aunque hayan recibido favores y prebendas reiteradas. Para ellos, la crítica es una forma de seguir medrando, a fuerza de esgrimir lugares comunes y deficiencias generales, que siempre las habrá, sin tener la valentía de reconocer que esas mismas deficiencias han nacido de la ineptitud e incumplimiento del deber de grupos humanos de los que posiblemente ellos mismos, forman parte. Es un hecho corriente de observación que los que pretenden dar normas de actuación y critican sistemáticamente a los demás no han demostrado capacidad para dirigir su propia casa, trabajo, servicio o negocio. Los hombres realmente capacitados y superiores raramente solicitan ascensos; se encuentran felices con su situación, porque no buscan la felicidad fuera de sí mismos. Si son pocos los que por el camino del sacrificio y la superación encuentran bienestar y felicidad, es porque son pocos los que buscan la felicidad por ese camino.

Puede ser cierto que hombres de grandes virtudes permanezcan ignorados, si voluntariamente lo prefieren o si junto a esas grandes virtudes tienen también grandes defectos. Lo que sí parece cierto es que muchos de los que vocean esa postergación ajena, no lo hacen porque les duela y la sientan realmente, sino porque sienten la suya, pero no tienen armas válidas ni razones para trocar su ineptitud en virtud. Su voz clama por una posible verdad, pero su conciencia sabe que se está adornando con las virtudes de otros, porque no puede adornarse con las suyas. ¡Cuántos vividores de la política, de antes y de ahora, están reflejados en esta verdad! ¡Cuántos listillos de todas las épocas se enrolan en estos ejércitos, disfrazándose con ropas de gigantes, que solo ven como tal los que visten como enanos! Cuando uno de estos listillos logra encaramarse en un situo confortable, empieza inmediatamente a encontrar justificado todo lo que anteriormente censuró. Sigue

mirándose a él y no a los idealistas que utilizó en su escalada.

Afortunadamente también hay políticos —pocos— que saben trabajar con honestidad y sacrificio personal. A esos pocos habrá que ayudar y defender, aunque tengan humanos resbalones, como todo hijo de vecino. Si nuestro olfato no nos permite distinguir al honesto del pillín, vamos perdidos. Hay que buscar los hombres, más que los programas; estos de nada sirven si no encuentran los hombres capaces de llevarlos honestamente a la práctica y eso ya es cosa de la "élite selecta", intelectual, cívica y humanamente hablando. Y, que yo sepa, esos hombres con un elevado peso específico, no se les distingue por el color de su tarjeta de afiliación, —que pueden tenerla, naturalmente—, sino por ellos mismos, por su ejecutoria personal y su manera de medir los acontecimientos.

La primera pregunta que la lógica más elemental nos impone a todos, es si estamos suficientemente informados y capacitados para juzgar o criticar una determinada actuación. Sería un error tremendo aceptar como buena la crítica de un ignorante en el tema a debatir y más tremendo aún si nos referimos a una mayoría ignorante. También habrá que conocer previamente si esa crítica es sincera o interesada. No olvidemos que muchos críticos se consideran jueces; confunden los términos y sin tener en cuenta sus limitaciones, emiten un veredicto con la misma irresponsabilidad que un reo. Tampoco hay que criticar las pinceladas, sino el cuadro, error este en el que puede caerse si no se mira desde lejos, es decir, sin posturas preconcebidas ni influencias de última hora.

Por otra parte hay que reconocer que toda crítica honesta encierra una enseñanza para el que la recibe y desde ese punto de vista es positivo ser criticado. Si esa crítica es acertada, nos enseña a conocernos mejor; si es desacertada nos permite conocer los defectos de quien nos critica. Ambas cosas son formativas. Si la crítica carece de esa supuesta honestidad, puede honrar más que un elogio, si todo el mundo que la oye partiese de la imparcialidad y se detuviese a mirar de donde viene. Pero desgraciadamente no siempre se mira con imparcialidad, sobre todo cuando los que pretenden juzgar una labor tienen por norma desaprobar todo lo que no son capaces de hacer.

Cuando llego, escribiendo, a este límite del segundo folio, oigo un invisible timbre que avisa que me estoy pasando. Pasando del tiempo y espacio permitido, no de las libertades interpretativas que me haya tomado. Por eso, paciente lector, voy a poner, si me lo permites, punto final al trabajo de hoy, pero advirtiéndote al mismo tiempo, que aún me queda cuerda para otra artículo, con este mismo tema, que trataré de depositar en las acogedoras columnas de este semanario, la próxima semana. ¡Hasta entonces!

Manuel Díaz Sirgo
De la S. Española de Médicos

"La accidentabilidad laboral desde una perspectiva sico-social"**No es la suerte la que rige el destino de los hombres**

El accidente de trabajo preocupa a amplios sectores de la ciudadanía, pero hay que replantear el origen y modalidad que reviste tal preocupación. Es obvio que la posibilidad de accidentarse preocupa al trabajador, a su familia, al empresario, al Estado en sus diferentes organismos, pero es también evidente que cada uno de los mencionados tiene su propia visión, su propia "preocupación" del accidente.

El trabajador no tiene más remedio que mirar al accidente como un riesgo de su integridad e incluso de su vida. El empresario lo contempla desde luego como una circunstancia poco rentable, el accidentado, mientras está de baja sólo genera gastos para el empresario que tiene que seguir cotizando a la Seguridad Social. El Estado o la Administración se inclina a ver en el accidente un costo social y a buscar las condiciones previas al mismo, condiciones en que quizás no se hayan cumplido o se han violado las normas de seguridad.

Una mirada más atenta tendría que percibir no sólo la diversidad de marcos interpretativos para un único hecho, el accidente laboral, sino además que cada uno de los actores sociales citados (trabajador, empresario, Admón. del Estado), contemplan el hecho desde más de una perspectiva, ¿cuales son éstas?

Hallar la respuesta para tal interrogante, es la piedra clave para montar y desarrollar un plan eficaz de lucha contra la siniestralidad laboral. Esto es así en el supuesto de que una alta proporción de los accidentes que se producen podrían haberse evitado si, tanto por parte del trabajador como por la empresa, se hubieran puesto las condiciones de seguridad e higiene necesarias. Por qué no se ponen, ¿cuál es la mentalidad de los colectivos implicados en prevenir el riesgo del accidente?

El trabajador, primer afectado por la posibilidad de accidentarse, en líneas generales la contempla dentro de un esquema fatalista, frases como "donde está el cuerpo está el peligro", "quien tiene suerte no se accidenta", "estaría escrito", "no era su día", "tenía que pasar", son de uso común. Lo importante es que esta general aceptación demuestra que la opinión subyacente está sólidamente arraigada, porque pertenece a nuestro patrimonio socio-cultural. La actitud favorable hacia las medidas preventivas del accidente, será inversamente proporcional a la efectividad que a estas medidas le reconozcamos, y está claro que para una mentalidad fatalista pueden ser poco eficaces las medidas de prevención del accidente. Hay también que reconocer la progresiva modernización de nuestras formas culturales y por tanto el abandono de marcos ideológicos fatalistas; pero la mentalidad moderna valora en mayor proporción la comodidad en el trabajo y ésta suele ser también inversamente proporcional al uso de protectores personales como el caso o el cinturón de seguridad. En resumen, el trabajador tendría que descubrir la eficacia de las normas de seguridad, convenciéndose de que no es la suerte quien rige el destino de los hombres, y que por tanto es preferible sacrificarse en parte la comodidad para disminuir razonable y eficazmente el riesgo de accidentarse.

Los medios de protección le cuestan dinero al empresario y además también participa de una mentalidad fatalista. El modelo básico para comprender su actitud es un poco más complejo. De un lado aquella parte del costo del accidente que recae sobre el empresario debe compensarse con el costo de las medidas preventivas, según el signo de esta diferencia ella se convierte en factor actitudinal positivo o negativo en favor o en contra de las normas de seguridad. De otro lado, el empresario siente el peso de la coactividad legal, y ésta le induce en favor de las medidas preventivas, pero no olvidemos que este factor le empuja sólo hasta el punto en que pueda justificar su cumplimiento de la Ley. Por otra parte, y como fondo o factor general tenemos que volver a mencionar la mentalidad fatalista, por lo general el pequeño y mediano empresario (típico de nuestra provincia), "entiende a la perfección", que "el accidente es cuestión de suerte" y en realidad es labor ingrata demostrar lo contrario. Las grandes empresas están dirigidas por hombres con mentalidad moderna, pero además su numerosa plantilla les permite experimentar los resultados positivos de una inversión en seguridad. La ley de la probabilidad estadística se cumple sólo en los grandes números, y las pequeñas plantillas no permiten este tipo de consideraciones. Tropezamos así con un nuevo obstáculo de carácter estructural que impide ver la eficacia de las normas preventivas.

La conclusión de estas breves reflexiones podrán ser: No es en absoluto necesario demostrar ni al trabajador ni al empresario la conveniencia y rentabilidad de evitar el accidente, lo que resulta urgente es convencerles que con las medidas de seguridad e higiene pueden evitarse. Para esta labor hay que afrontar dificultades múltiples, algunas de carácter estructural. Señalemos 2 especialmente graves, el pequeño tamaño de la gran mayoría de nuestras empresas provinciales y la mentalidad fatalista de nuestro universo cultural.

Manuel Richard Rodríguez

Sociólogo del Gabinete Técnico Provincial del Servicio Social de Higiene y Seguridad del Trabajo de Ciudad Real